



**DESCARTES:
FILOSOFIA
Y EDAD
MODERNA
CRISTINA BAEZA**

«Lo que es absoluto, lo que mil años de historia no pueden destruir, es esta decisión irremplazable, incomparable, que se toma en este momento en relación con estas circunstancias: lo absoluto es Descartes, el hombre que se nos evade porque ha muerto, que ha vivido en su época, que ha pensado esa época día por día, con los medios que tenía a bordo;...»

Lo relativo es el cartesianismo, esa filosofía ambulante que se pasea de siglo en siglo y donde cada cual encuentra lo que pone.»

J. P. Sartre

Renato Descartes es uno de los pensadores más estudiados de la humanidad y acerca de los cuales más se ha escrito. Existen diversas opiniones sobre tal o cual aspecto particular de su pensamiento, pero, en lo referente a los temas centrales de su filosofía, casi todos los autores coinciden: la concepción de la razón como universal y única, y, por tanto, del método científico; la duda metódica como punto de partida gnoseológico para alcanzar introspectivamente la evidencia inasequible por la vía engañosa de las sensaciones; la traslación al nivel filosófico del método analítico-deductivo de la geometría; la elaboración de un sistema de alcances absolutos, a la manera de los antiguos; el «dualismo» relativo al viejo problema de las sustancias, son lugares comunes

en los trabajos dedicados a la filosofía cartesiana. La visión de Descartes como el padre del pensamiento moderno, se ha asentado definitivamente como supuesto.

Todos, sin exclusión, los filósofos del siglo XVII respondieron a la problemática cartesiana de una forma u otra. Tanto las corrientes llamadas «racionalistas» como las «empiristas» partieron de sus presupuestos y de su enfoque: en tal medida la filosofía creada por Descartes constituía una adecuada expresión del pensamiento de su época. Aún el que intentara remover radicalmente las bases del cartesianismo, Immanuel Kant, se planteaba, en uno de los prólogos de la *Critica de la razón pura*, que de lo que se trataba era de invertir (parece que la idea de inversión comenzaba a estar en boga) los términos del problema, como lo había hecho Copérnico en la física: es, quizá por esta razón, que Kant no lograra «revolucionar», en el sentido estricto de la palabra, la filosofía, como se había propuesto.

Pero, para alcanzar una cabal comprensión de la magnitud de la revolución cartesiana, no es suficiente constatar la vigencia de su problemática en el pensamiento moderno. La filosofía cartesiana es un acontecimiento

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

revolucionario: **primero**, porque coloca a la filosofía ante una problemática radicalmente nueva, cuyos presupuestos son el resultado más maduro y profundo de la revolución teórica que se había estado desarrollando en las ciencias naturales, en el arte y en las concepciones políticas y sociales del renacimiento; **segundo**, porque transforma el carácter del discurso filosófico de manera que éste logra revelar teóricamente la coherencia interna de las relaciones que se dan entre las distintas formas de la conciencia social de su época.

Es relevante que tal revolución no se inició dentro de la filosofía, ya que ésta marchó a la zaga, durante casi tres siglos, no sólo de la ciencia y la técnica, sino también de las teorías políticas y sociales, de la literatura y de las artes. Pero una vez que Descartes encuentra una expresión filosófica adecuada a la nueva situación del pensamiento, la filosofía, cobra, al menos por el momento, una dimensión importante, y no tanto porque se considerase a sí misma «ciencia de las ciencias» de una forma pretenciosa e injusta, sino porque se establecieron los vínculos y las conexiones precisas.

En el siglo XVII, en los países más desarrollados de Europa, alcanzaba un auge especial la época que Marx ha llamado, en

el terreno económico, de «acumulación originaria del capital», y se lleva a cabo en Inglaterra, la primera gran revolución burguesa de la historia. Al estudio de este período, Marx dedicó una gran parte de su trabajo científico sobre la sociedad capitalista que, a través del concepto formación económico-social, llega a considerar como un todo orgánico en función de las relaciones que los grandes grupos humanos contraen entre sí para producir su vida. Por ello, si queremos estudiar la filosofía cartesiana con una perspectiva marxista, no es en modo alguno suficiente describir la época histórica y añadir datos anecdóticos de la vida del filósofo, para exponer a continuación su sistema de ideas estableciendo sólo conexiones mecánicas y externas entre unos y otro. Tampoco es operante analizar la filosofía como ente independiente —a la manera hegeliana— y con historia propia, porque la historia de la filosofía deviene, entonces, el desenvolvimiento lógico de un conjunto de suposiciones preestablecidas, abstractas, y carentes de realidad concreta. Por último, los intentos de relacionar los principios filosóficos con los descubrimientos científicos exclusivamente, resultan unilaterales y obstaculizan la comprensión de la función so-

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

cial de la filosofía como conciencia crítica de hombres actuantes y pensantes en un marco sociopolítico y cultural determinado.

En este trabajo nos proponemos esclarecer, en lo posible, en qué sentido afirmamos que Descartes es el padre del pensamiento moderno y que su filosofía es la expresión más cabal del pensamiento de su época, exactamente en la medida en que la filosofía lo es.

Para ello, intentaré **primero**, el análisis de las concepciones del hombre que, implícitas en las teorías políticas y sociales, se perfilan en el renacimiento, ya que, en la base de toda filosofía hay una determinada concepción del hombre que, en calidad de supuesto ideológico coadyuva a la selección de su problemática; **segundo**, el análisis de la concepción de las ciencias que se desarrolla a partir de los trabajos de Leonardo da Vinci, Copérnico, Kepler y Galileo, porque la manera de concebir las ciencias, especialmente a partir de la edad moderna, contribuye, en no menor medida que lo anterior a determinar la problemática filosófica y porque la forma de hacer ciencia, y los propios métodos científicos, intervienen en la conformación del discurso filosófico y en la capacidad del mismo para expresar su objeto; **tercero**, la

filosofía cartesiana —la problemática y el carácter de su discurso— y su lugar en el desarrollo del pensamiento moderno.

I. La concepción del hombre

La concepción del hombre que como ya hemos señalado, constituye uno de los presupuestos ideológicos del pensamiento filosófico moderno, se vislumbra en las teorías políticas y sociales de una manera mucho más clara y con anterioridad a su incorporación, como tal supuesto, a los sistemas filosóficos mismos. En los momentos en que las teorías del estado demandaban para éste la autonomía definitiva de las imposiciones religiosas y morales, la filosofía se mantenía atada a la problemática escolástica, si bien la forma de abordarla adquiriría cierta originalidad.

El origen de la nueva concepción del hombre está vinculado a la enfatización del carácter mundano del mismo contra la visión de criatura sometida a los designios divinos. Pero, en tanto el «nuevo humanismo» se mantiene exclusiva, o casi exclusivamente, dentro del campo de la literatura, permanece permeado por la axiología cristiana. Y sólo a partir de

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

su incorporación al nivel teórico (como fundamento principal de la ideología política **teorizada**), es que comienza a producirse un cambio sustancial en dicha concepción.

Jusnaturalismo y racionalismo son las corrientes principales en la teorización del estado y la sociedad. Respectivamente, afirman los dos momentos cruciales de las nuevas posiciones del pensamiento, v. g., el valor intrínseco de la naturaleza en tanto que tal —de la que el hombre es parte integrante— y/o la especificidad del hombre dentro de ella.

El desarrollo de estas teorías coincide con la universalización del hombre individual, y no fortuitamente, ya que éste es el centro indiscutible de las relaciones que se van creando. En ello reside lo principal: ambos enfoques tienen un mecanismo común, v. g., que este hombre individual es universal, es el particular que sirve de unidad primaria al género humano. El hombre constituye un género —en el sentido aristotélico— en tanto expresa lo que hay de común, esencial y necesario en cada uno de los particulares que se subsumen en él. Y, sin embargo, lo que garantiza el carácter genérico del hombre, así entendido, parece ser su misma negación, i. e., la libertad individual de cada uno de los entes constituyen-

tes, la consolidación de su particularidad. La existencia del género está asegurada porque los particulares participan en sus propiedades, y, a su vez, la individualidad se afirma por ser una propiedad necesaria del género.

Las corrientes del jusnaturalismo **derivan la generalidad del hombre de su carácter natural**: el hombre es parte de la naturaleza y responde a los principios inmanentes de la misma; el hombre es **naturalmente libre**, y la libertad se sobrentiende en todos los casos como **libertad individual**. Las corrientes racionalistas, en tanto, **derivan la generalidad del hombre de su especificidad racional**; el hombre **debe ser racionalmente libre**, y la libertad se sigue sobrentendiendo como individual. En ambos casos, **de la generalidad se desprende necesariamente la individualidad**.

Es en el nivel teórico de las ideologías políticas y sociales donde se expresan de una forma adecuada a las nuevas relaciones sociales, las funciones de la concepción del hombre que se opone radicalmente a las del cristianismo de la era feudal.

El racionalismo filosófico de Descartes implica, al menos como supuesto, una concepción del hombre basada en idénticos mecanismos.

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

cial de la filosofía como conciencia crítica de hombres actuantes y pensantes en un marco sociopolítico y cultural determinado.

En este trabajo nos proponemos esclarecer, en lo posible, en qué sentido afirmamos que Descartes es el padre del pensamiento moderno y que su filosofía es la expresión más cabal del pensamiento de su época, exactamente en la medida en que la filosofía lo es.

Para ello, intentaré **primero**, el análisis de las concepciones del hombre que, implícitas en las teorías políticas y sociales, se perfilan en el renacimiento, ya que, en la base de toda filosofía hay una determinada concepción del hombre que, en calidad de supuesto ideológico coadyuva a la selección de su problemática; **segundo**, el análisis de la concepción de las ciencias que se desarrolla a partir de los trabajos de Leonardo da Vinci, Copérnico, Kepler y Galileo, porque la manera de concebir las ciencias, especialmente a partir de la edad moderna, contribuye, en no menor medida que lo anterior a determinar la problemática filosófica y porque la forma de hacer ciencia, y los propios métodos científicos, intervienen en la conformación del discurso filosófico y en la capacidad del mismo para **expresar su objeto; tercero**, la

filosofía cartesiana —la problemática y el carácter de su discurso— y su lugar en el desarrollo del pensamiento moderno.

I. La concepción del hombre

La concepción del hombre que como ya hemos señalado, constituye uno de los presupuestos ideológicos del pensamiento filosófico moderno, se vislumbra en las teorías políticas y sociales de una manera mucho más clara y con anterioridad a su incorporación, como tal supuesto, a los sistemas filosóficos mismos. En los momentos en que las teorías del estado demandaban para éste la autonomía definitiva de las imposiciones religiosas y morales, la filosofía se mantenía atada a la problemática escolástica, si bien la forma de abordarla adquiriría cierta originalidad.

El origen de la nueva concepción del hombre está vinculado a la **enfaticación del carácter mundano del mismo contra la visión de criatura sometida a los designios divinos**. Pero, en tanto el «nuevo humanismo» se mantiene exclusiva, o casi exclusivamente, dentro del campo de la literatura, permanece permeado por la axiología cristiana. Y sólo a partir de

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

su incorporación al nivel teórico (como fundamento principal de la ideología política **teorizada**), es que comienza a producirse un cambio sustancial en dicha concepción.

Jusnaturalismo y racionalismo son las corrientes principales en la teorización del estado y la sociedad. Respectivamente, afirman los dos momentos cruciales de las nuevas posiciones del pensamiento, v. g., el valor intrínseco de la naturaleza en tanto que tal —de la que el hombre es parte integrante— y/o la especificidad del hombre dentro de ella.

El desarrollo de estas teorías coincide con la universalización del hombre individual, y no fortuitamente, ya que éste es el centro indiscutible de las relaciones que se van creando. En ello reside lo principal: ambos enfoques tienen un mecanismo común, v. g., que este hombre individual es universal, es el particular que sirve de unidad primaria al género humano. El hombre constituye un género —en el sentido aristotélico— en tanto expresa lo que hay de común, esencial y necesario en cada uno de los particulares que se subsumen en él. Y, sin embargo, lo que garantiza el carácter genérico del hombre, así entendido, parece ser su misma negación, i. e., la libertad individual de cada uno de los entes constituyen-

tes, la consolidación de su particularidad. La existencia del género está asegurada porque los particulares participan en sus propiedades, y, a su vez, la individualidad se afirma por ser una propiedad necesaria del género.

Las corrientes del jusnaturalismo **derivan la generalidad del hombre de su carácter natural**: el hombre es parte de la naturaleza y responde a los principios inmanentes de la misma; el hombre es **naturalmente libre**, y la libertad se sobrentiende en todos los casos como **libertad individual**. Las corrientes racionalistas, en tanto, **derivan la generalidad del hombre de su especificidad racional**; el hombre **debe ser racionalmente libre**, y la libertad se sigue sobrentendiendo como individual. **En ambos casos, de la generalidad se desprende necesariamente la individualidad.**

Es en el nivel teórico de las ideologías políticas y sociales donde se expresan de una forma adecuada a las nuevas relaciones sociales, las funciones de la concepción del hombre que se opone radicalmente a las del cristianismo de la era feudal.

El racionalismo filosófico de Descartes implica, al menos como supuesto, una concepción del hombre basada en idénticos mecanismos.

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

«No hay nada tan bien repartido en el mundo como el buen sentido...»

«...esa facultad comúnmente llamada buen sentido o razón, es igual por naturaleza en todos los hombres...» «...No conozco otras o el sentido de los animales cree que está entero en cada uno de nosotros, siguiendo así la opinión corriente de los filósofos, que dicen que sólo hay más o menos en los occidentes, y no en las formas o naturalezas de los individuos de una misma especie. («Discurso del método. Primera parte).

Primero: porque la razón se da como una facultad del hombre entendido como ser genérico.

Segundo: porque la razón, al ser humana, es una y universal, igual en todos los hombres.

Tercero: porque la razón, siendo una y universal, se da completa en cada individuo.

II. La concepción de las ciencias y el método científico

El segundo aspecto que entramos a considerar es la forma concreta en que la concepción de las ciencias y los métodos científicos, desarrollados por Leonardo, Co-

pérnico, Kepler y Galileo, sirvieron de supuestos en la elaboración del sistema filosófico cartesiano, y cómo particularmente el método matemático, utilizado por la física mecánica, pasa de una manera interna al sistema cartesiano, al ser convertido en gnoseología, es decir, en la teoría universal y absoluta del conocimiento. El conocimiento deviene **conocimiento científico**, el método cartesiano, el método científico y la verdad, única y universal, es el resultado de la aplicación del método a los objetos del conocimiento.

En el renacimiento se dan tres vertientes paralelas: por una parte, las llamadas prácticas paganas —la magia, la cábala y la astrología— que se contraponen a las prácticas religiosas oficiales, pero que carecen de fundamentos teóricos rigurosamente científicos, y, en el mejor de los casos sólo coadyuvan al desmoronamiento ideológico de la fe cristiana; por otra parte, la llamada filosofía natural a lo Telesio, que no pasó de afirmar dogmáticamente el valor intrínseco de la naturaleza y sus principios por medio de un filosofar marcadamente especulativo; por último, la concepción científica de da Vinci, Copérnico, Kepler y Galileo, que se basaba en las siguientes suposiciones:

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

1. La existencia de un mundo físico **exterior** al hombre y cognoscible por él.

2. La posibilidad de descubrir un **criterio único** para distinguir lo verdadero de lo falso, i. e., lo que corresponde a las propiedades reales del mundo físico, de lo que el hombre le atribuye subjetivamente a éste.

3. La concepción del hombre apuntada arriba.

4. La existencia de un **orden real del mundo**, coincidente con las relaciones de mensurabilidad matemática.

Es precisamente esta última, la que expresa más cabalmente la situación de las ciencias de la época.

Las suposiciones (o presupuestos) 1, 2, y 4 se intersectan con la tercera: sólo partiendo de una visión del hombre como individuo-género es posible concebir coherentemente el mundo físico como algo exterior a él y cognoscible por medio de su interiorización lineal y mecánica; por otra parte, «lo verdadero» resultaría de la contraposición de un sujeto (individual genérico) a objetos que se sobrentienden exteriores a él. Galileo distinguió entre las «sensaciones objetivas», que corresponden exactamente con las propiedades de los objetos del mundo físico (las magnitudes mensurables, cuantitativamente

definidas), y las «sensaciones subjetivas», que corresponden al efecto producido en los sentidos del hombre por alguna propiedad de los objetos, y que no coinciden, por ser **efecto**, con las **causas** que las provocan; también resulta interesante que, bajo la influencia del desarrollo vertiginoso de la mecánica y las matemáticas que la explican, los físicos renacentistas supusieron que el criterio de verificación coincide con el orden real del mundo físico: lo que puede ser medido **es**, y es en una cantidad estrictamente definida (y definible).

Estos presupuestos están presentes, de una forma u otra, en Descartes; el método cartesiano es el camino seguro para no tomar por verdadero, ni lo falso, ni lo que solamente aparece como probable, suponiendo un criterio único y universalmente válido de distinción, así como la unicidad de las ciencias, garantizada por la unicidad de la razón. El método cartesiano es el de las matemáticas: si los físicos renacentistas habían ontologizado ingenuamente la mensurabilidad, Descartes había encontrado un instrumento más riguroso con que fundamentar la cientificidad del conocimiento: el método. Pero no fortuitamente, el método matemático, que, según él, ya los antiguos habían intuido sin haber

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

logrado encontrar sus dimensiones filosóficas,

«... Los antiguos geómetras se servían de cierto análisis que extendían a la solución de todos los problemas... Y nosotros, ¿no nos servimos de una especie de aritmética, denominada álgebra, que consiste en operar sobre un número lo que los antiguos operaban sobre figuras?... Esas dos especies de análisis no son más que los **frutos espontáneos de los principios innatos** de este método; y no me extraña que aplicadas a los objetos tan sencillos de estas dos ciencias, hayan alcanzado un desenvolvimiento que no han obtenido al aplicarlos a los demás por los grandes obstáculos con que han tropezado, aunque debemos esperar que esas especies de análisis alcanzarán con un cultivo cuidadoso el mayor grado de perfección.»

(Reglas para la conducción del espíritu. Regla IV.)

Si se afirma, sin embargo, que Descartes fue a la filosofía lo que Galileo a la física, no debemos entender en ello sólo el «lado científico» de su filosofía, sino, más bien, que Descartes es el primero que logra una expresión filosófica adecuada a los nuevos imperativos del pensamiento, en el más amplio sentido de esta palabra.

III. La filosofía cartesiana

La filosofía cartesiana se desenvuelve en un ambiente de tena-

ces luchas de toda índole: es una época de crisis de valores político, religiosos, éticos, filosóficos, educacionales, e ideológicos en general. El renacimiento no fue, en este sentido, una época de liquidación definitiva, sino el preámbulo de estas luchas: a la reforma religiosa se opuso vigorosa, sangrientamente, la contrarreforma con su famoso tribunal de la «santa» inquisición. La autoridad feudal de la vieja aristocracia luchaba tenazmente por no perder posiciones.

La nueva aristocracia se fundía conciliatoriamente con la vieja, afianzándose aquí, cediendo terreno allá, para imponerse definitivamente en Inglaterra en el siglo XVII y para no llegar a convencerse, en Francia, hasta el XVIII de que hacía falta una revolución.

Renato Descartes era el tercero de los hijos de una familia perteneciente a esta nueva aristocracia. Educado en el colegio jesuita de La Flèche, de inteligencia brillante y profundas inquietudes, padeció intensamente las vicisitudes de la época que le tocó vivir. A los dieciséis años, egresado de La Flèche, se incorporó voluntariamente al ejército protestante del príncipe Mauricio de Nassau, y, a la muerte de éste, se enroló, también voluntariamente,

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

en las tropas lideradas por el duque de Baviera, jefe del bando católico en la Guerra de los treinta años. Dicen que fue un guerrero valeroso, pero su permanencia en ambos ejércitos no se limitó a actividades militares: allí compuso algunos tratados de matemáticas y de música. Si confiamos en sus relatos autobiográficos del **Discurso sobre el método**, podemos considerar que desde entonces dudaba muy seriamente del valor de los conocimientos vigentes, así como de las costumbres imperantes.

Buscó afanosamente un punto de partida sobre el cual construir una concepción del mundo «segura y firme», sometió a crítica las disciplinas que había aprendido, viajó por numerosos países europeos y trabó amistad con hombres de diversas creencias y posiciones. Al parecer, entre sus amistades se contaban algunos destacados rosacruces cuya dedicación principal eran la alquimia y la medicina. Durante casi toda su vida mantuvo correspondencia con su viejo profesor, el cura Marsenne, fue amigo íntimo del célebre físico y matemático, Isaac Beeckman, y se interesó por los misterios insondables de la magia y la cábala.

En 1619, a los 23 años de edad, dice haber tenido un sueño revelador a través del cual logró determinar qué camino de vida

seguir: dedicar todos sus esfuerzos a la búsqueda filosófica, considerar falso aquello que sólo se le presentase como verosímil y no abandonar la búsqueda hasta alcanzar una idea de veracidad evidente que sirviera de criterio seguro para distinguir lo verdadero de lo falso. Esta idea sería la base misma del primer gran sistema filosófico del mundo moderno europeo; pero, mientras no se le apareciese como «clara y distinta», tendría que construirse una moral provisional que guiara su vida. Este «*iter vitae*» define claramente su posición: la duda cartesiana, que algunos han intentado comparar con el escepticismo de Montaigne, es el punto de partida de su método filosófico y de su racionalismo intuicionista, pero también es una posición ideológica que expresa el status de un grupo social que trataba de definirse como clase.

La moral provisional que Descartes se construye: «...seguir las leyes y las costumbres de mi país, conservando con firme constancia la religión que en la gracia de Dios hizo que me instruyeran desde niño, rigiéndome por las opiniones más moderadas y más apartadas de todo exceso, que fuesen comúnmente admitidas en la práctica por los más sensatos de aquellos con quien tendría que

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

vivir...» le proporciona la seguridad necesaria para ir ganando tiempo, y la búsqueda tranquila en tanto se definían situaciones.

Descartes sólo alcanzó a vivir hasta 1650 y su moral provisional nunca fue sustituida por una definitiva. Pero, si bien no tuvo ninguna idea de la cual renegar, como Galileo, sí logró, en medio de la lluvia torrencial caminar por entre las gotas sin empaparse, no alcanzó, sin embargo, el reconocimiento público de sus descubrimientos por parte de las autoridades políticas y religiosas. Un siglo después, la burguesía francesa devenía revolucionaria. Si fuese necesario reunir en un sólo problema los múltiples aspectos que caracterizan el pensamiento moderno, nos inclinaríamos a afirmar que es éste la búsqueda de un método único y universalmente válido de conocimiento a partir de los siguientes supuestos:

a ● el conocimiento es un acto individual y único cuyos mecanismos son **facultades** del género humano de los que participa cada hombre individualmente.

b ● en dicho «acto», al «sujeto» cognoscente se contraponen los objetos del mundo físico «exteriores» a él.

c ● el «acto» cognoscitivo consiste en la interiorización por el «sujeto» de las propiedades de los

objetos que se dan al hombre en forma de **ideas**.

d ● el conocimiento «científico» consiste en la apropiación por el «sujeto», no de las cualidades «externas», o «secundarias», o posiblemente «subjetivas» de las ideas, sino de las cualidades «internas», «esenciales», «primarias», «simples», y «objetivas» de las mismas.

Ya habíamos analizado cómo estos supuestos están condicionados por las concepciones del hombre y de las ciencias iniciadas en el renacimiento, pero, en gran medida, su expresión filosófica moderna se debe a Descartes. Veamos como cada uno de estos supuestos se da en el sistema cartesiano:

a ● el primero se da implícitamente en el llamado racionalismo de Descartes, quien asume la defensa de la razón como única vía cierta de obtener ideas verdaderas: se basa en la incertidumbre y dudosa de los datos empíricos, así como en la inseguridad de las costumbres, tradiciones, creencias y valores morales, que se dan al hombre en sus vivencias, i. e. por una vía también empírica.

«... Los actos de nuestra inteligencia por los que podemos llegar al conocimiento de las cosas, sin

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

temer al error, son solamente dos: la intuición y la deducción... entiendo por intuición, no la creencia en el variable testimonio de los sentidos o en los juicios engañosos de la imaginación —mala reguladora—, sino la concepción de un espíritu sano y atento, tan distinta y tan fácil que ninguna duda quede sobre lo conocido o lo que es lo mismo, la concepción firme que nace en un espíritu sano y atento por las luces naturales de la razón».....

«...La deducción consiste en una operación por la cual comprendemos todas las cosas que son consecuencia necesaria de otras conocidas por nosotros con toda certeza.»

(Reglas para la conducción del espíritu. Regla III).

«...al considerar las costumbres de otros hombres tampoco encontraba nada firme y seguro, pues observé casi tanta diversidad entre ellas como entre las opiniones de los filósofos; de modo que el único provecho que obtuve en este caso fue el de aprender a no creer con excesiva firmeza en las cosas demostradas únicamente por el ejemplo y la costumbre...»

(Discurso del método. Primera parte.)

«... Como nuestros sentidos nos engañan a veces, supuse que ninguna cosa era en realidad tal

como los sentidos nos la hacen imaginar...»

(Discurso del método. IV parte.)

Però la razón cartesiana es entendida por él como facultad, esto es, con una perspectiva sicológica, suponiendo que se da toda y entera en cada hombre, al ser una propiedad genérica del mismo. Por otra parte, el conocimiento es entendido como acto individual y único, lo que se advierte fundamentalmente en la formulación de las reglas del método:

1 ● no dar por verdadero más que aquellas cosas que se le presenten como absolutamente evidentes, es decir, con absoluta claridad y distinción.

2 ● dividir cada dificultad en tantas partes como fuese posible.

3 ● conducir ordenadamente los pensamientos, comenzando por los más simples.

4 ● hacer enumeraciones tan completas y revisiones tan generales que estuviera seguro de no haber omitido nada.

Las reglas del método cartesiano también manifiestan el carácter mecanicista de la perspectiva científica de la época, impulsada por el éxito de la aplicación del método analítico en la física me-

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

cánica, de lo que tendremos oportunidad de hablar más adelante.

b ● el segundo supuesto ha sido demostrado cuando expusimos las relaciones entre la concepción de las ciencias y la concepción del hombre.

c ● el tercer supuesto aparece en Descartes un poco de manera implícita, en tanto él concibe la interiorización de las propiedades de los objetos de una forma mediata, indirectamente, aunque siempre en relación con la actividad del sujeto como individuo. Ello, quizás, en virtud de su racionalismo intuicionista. Este hecho es advertible en el discurso metafísico que, partiendo del COGITO ERGO SUM y pasando por la idea de «un ser más perfecto que yo», lo conduce hasta la idea de correspondencia entre las ideas y los objetos. (El ser perfecto es Dios y su perfección garantiza la correspondencia, ya que El no puede permitir que nos engañemos cuando intuimos «ideas claras y distintas».)

En este sentido, el racionalismo cartesiano, a diferencia del empirismo, no concibe la interiorización inmediata de las propiedades de los objetos que se dan al hombre en calidad de ideas. Pero el carácter mediato del «acto» cognoscitivo siempre se plantea con relación al individuo sujeto. Por ello tiene que recurrir al concepto de un ser absoluta-

mente perfecto que garantice la «correspondencia» en la mediación. El caso es que la idea de «correspondencia» está ligada a la problemática filosófica moderna, fundada por Descartes, que concibe el conocimiento como un «acto» en el que se contraponen el sujeto-individuo que conoce a objetos «fuera» de él.

El Dios cartesiano, por estas razones, es un concepto con una función precisa dentro del sistema gnoseológico y tiene poco, o nada que ver con la idea religiosa del dios de la Escolástica.

Asimismo, la tesis cartesiana de que el conocimiento es siempre conocimiento de ideas, tiene una importancia fundamental, ya que ella es admitida axiomáticamente por todos los modernos y constituyó una de las limitaciones internas (al discurso filosófico) más serias al carácter criticista del empirismo inglés, en la medida exacta en que, si bien lo apartó del dogmatismo ontologizante, lo condujo (junto con los otros aspectos de la problemática moderna) al «cul de sac» del escepticismo de Hume.

d ● el último presupuesto es, sin dudas, al que Descartes dedica la mayor parte de su obra, y lo que da carácter a la misma. Su racionalismo consecuente —hasta el remate metafísico— deriva de la

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO

suposición de que existe un sistema de ideas incondicionadas, siendo la tarea fundamental de la ciencia el descubrirlas y la de la filosofía hallar el método correcto —y único posible— para llegar a ellas. Esta ilusión, como habíamos demostrado arriba, se crea a partir de la perspectiva científica de las obras de los físicos y matemáticos del renacimiento. En el caso de Descartes, ya no se trata de la ontologización de las relaciones de mensurabilidad matemáticas simplemente, sino de la especificidad de la razón humana que opera matemáticamente.

Es cierto que Descartes ve la razón como una facultad humana (el buen sentido o razón) pero que tiene que ser bien dirigida, con la ayuda de la memoria, la imaginación y la voluntad, para obtener, con un método riguroso, resultados prácticos efectivos. En esto, concibe cierta historicidad, aunque limitada por los presupuestos propios de la problemática: los antiguos intuyeron el método y lo aplicaron al análisis de las figuras geométricas; los modernos lo siguen aplicando, pero falta la conciencia del alcance de su rango de aplicabilidad, i. e., de su validez universal y absoluta. A nuestro juicio, hay tres factores que concurren a explicar semejante posición.

a • el nulo desarrollo de las ciencias sociales y la visión rena-

centista de la historia y lo histórico, que engendran la falsa idea de una continuidad entre la antigüedad y el mundo moderno, interrumpida fatalmente por el medioevo, así como la ilusión de que el pensamiento se desarrolla de una manera homogénea y lineal. Esto explica la creencia cartesiana de que todo estaba en descubrir el método que había servido, desde la antigüedad, a los matemáticos para alcanzar conocimientos seguros y que, inexplicablemente, no había sido generalizado a todas las ramas del saber.

b • el ínfimo desarrolló de la lógica como ciencia y la vigencia, a nuestro juicio extemporánea de la lógica silogística, que explican la superposición confusa que se da en Descartes de los problemas propios de la metodología matemática misma con los problemas lógicos que están en la base de la teoría matemática, así como la ignorancia de la posibilidad de otras lógicas no silogísticas. Algunos problemas que hoy caerían dentro del campo de la lógica matemática, con una formulación más moderna, son tratados por Descartes como problemas filosóficos, i. e., desde el punto de vista de una gnoseología universal que sería, a la vez, la metodología de la ciencia, también universal.

NOTAS • NOTAS • NOTAS • NO

c ● la inexistencia de una ciencia particular que resolviese los problemas psicológicos y los intentos de elucidar éstos por vía especulativa, que conducen a Descartes a considerar idénticos los problemas relativos a las metodologías científicas con algunos problemas de la sensopercepción, la memoria, la voluntad, las afecciones, etc.

Estos tres factores de carácter negativo —unidos al hecho de que no es sino Marx quien descubre, dos siglos después, la posibilidad de estudiar científicamente las ideologías, y que éstas, para los hombres del siglo XVII, se confunden con el conocimiento científico— actúan en la consolidación de las posiciones cartesianas. Existen también algunos otros factores positivos que condicionan la problemática cartesiana, pero, consideramos que los de mayor importancia son la concepción del hombre y los modelos del conocimiento científico, que ya han sido desarrollados.

Hay aún otras ideas que Descartes introduce en el pensamiento moderno y que son retomadas por sus posteriores exponentes, tanto del «racionalismo» (Spinoza, Leibniz), como del «empirismo» inglés, por ejemplo:

a ● la división de las ideas en simples y complejas, que es asimilada por Locke y que sirve, paradójicamente, de fundamento a su gnoseología crítica;

b ● la noción de que el conocimiento humano tiene límites precisos —ya que el objeto del conocimiento humano son las ideas, y de éstas, las únicas válidas son las alcanzadas por vía intuitiva, o las deducidas directamente de ellas— que sirve de apoyo no sólo a los sistemas metafísicos de corte racionalista, sino al criticismo gnoseológico empirista;

y otras, que tendrían que ser objeto de un estudio más detallista.

NOTAS ● NOTAS ● NOTAS ● NO